

LA AUTORIDAD COMO SERVICIO

Imposible dar coques contra los signos de los tiempos. Menos contra el que ha eliminado al constantinismo en la vida de la Iglesia y en la vida de la sociedad toda.

Hoy la vivencia religiosa de un Dios servidor condiciona el talante de toda autoridad: el servicial. Política y socialmente es la igualdad de oportunidades. Democracia lo llaman otros. Lo cierto es que una y otra ideología conducen a idéntica práctica: la del diálogo, que es otro modo de servir.

Y ya nos encontramos con que en lo religioso se esfumó —o está a punto de morir por colapso— el mito del «señor feudal» para tornarse hermano comprometido, auscultando la realidad. No más: «la diócesis soy yo». Palabra de obispo. No más: «la parroquia soy yo». Oración de párroco. No más mito de sacerdote «intocable» para el cristiano «sumiso». Pero sí compromiso de fidelidad a las necesidades de todos en servicio de siervos de los servidores de Dios, *«pues los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de los hermanos a fin de que cuantos forman el Pueblo de Dios alcancen la salvación»* (L. G. núm. 18).

Pero esta muerte política y religiosa del autoritarismo nos ha traído una vida. Una resurrección. La del superior como hermano, siervo y «leader» de la comunidad. El superior sólo vale, entonces, en cuanto quema energías en bien de los otros. La pirámide ha dado la vuelta y la evolución copernicana ha sido perfecta. Sólo los hombres que la han comprendido se agigantan en su puesto como servido-

res y vigías de los demás. Los otros, los satisfechos, los «chupones», los del trono y los del puesto, éstos no valen para un mundo en el que ya no cantan los púlpitos de oro sino las propias gargantas y a coro. Entonces no hay vocación de autoridad sin definirse en actitud de servicio. Y de diálogo. ¡Ah, el diálogo! Difícilmente podrá con la carga de su autoridad el superior que no la comparta con los súbditos. Que no busque la verdad en un clima de amor. Que no sepa morir a la verdad personal en bien de la verdad comunitaria. Que no sepa o no quiera escuchar...

Dialogar exige un esfuerzo constante y casi heroico para ponerse en el punto de vista del otro y escuchar. Claro que después el pensamiento del superior entrará mejor y más profundamente en la mente y en la voluntad del súbdito. Porque los dos habrán llegado a la verdad. Y habrá acción de amor en el súbdito, porque antes hubo clima de verdad en compenetración de servidores. Eso es diálogo. La forma de servir hoy, que es también la de mandar.

Difícil programa para una campaña hacia la conquista del poder. Padres de familia, maestros, sacerdotes, obispos, alcaldes, ministros, jefes de gobierno... ¿quién se apunta para superior?...

«Si alguno de entre vosotros quiere ser superior, sea vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, sea siervo de todos, pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir» (Marc. 10, 43-45).

Como homenaje de admiración y gratitud presentamos en NUESTRA PORTADA al ilustre manzanareño, Excelentísimo señor don Blas Tello, en el acto de imposición de la medalla de oro de la provincia.